



No hay letras que puedan encerrar mi sufrir. Ella, mi pena está aquí, en mi presente y en mi persona toda.

Una pena perenne que no se va, no me quiere libre. Y yo sé que si ella no estuviera conmigo, yo no sería la misma.

Juro que busqué un lugar donde dejarla, pero todos cerraron sus casas, nadie parece querer cuidarla y se ve muy desvalida... No sé abandonarla.

Yo sé, entonces, que no tiene caso. Vive conmigo y en mí, es mi castigo y es todo, ocupa cada presente de mi vida.

La detesto y la necesito. No hay lugar en mi tiempo para ella si es que yo quiero vivir. Ella creció, yo también.

Por no dejarla a tiempo, ahora me pide imposibles, que me torturan de culpa...

Esta pena es como un inmenso monstruo, que devora mis ansias, mi entusiasmo, cualquier sentimiento que se le acerque, la risa por reír, la alegría de ser. Cuando la pena era sólo un esbozo de lo que ahora es, compartía su lugar en mis entrañas con mis otras pasiones. Ahora, las ha aniquilado y es sólo ella. Sé que no me deja ni dejará que yo viva.

Patea dentro de mí y yo quisiera abortar este embrión que me invade, irme lejos, huir, y también dejarla escapar. Le pido, le suplico, le mando y le grito que suelte, me proclamo "libre", pero en realidad es tan, tan cobarde, que fuera de mí sería nadie.

No podría dominar a otro como lo hace conmigo, sería, más bien la sometida esta vez y tendría que agachar la cabeza y reconocerse impotente frente a los que no le temen.

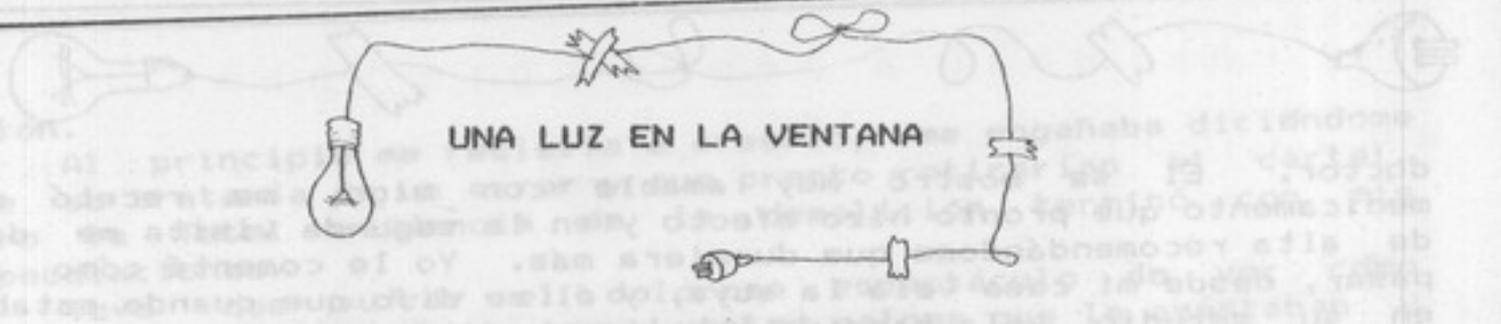
Pero, en mí, es ella misma y es toda yo y, a mi vez, soy todo pena ahora y mañana, que ya es hoy. Mi presente ya empezó porque yo tengo por cierto: ningún mañana es mejor.



Patricia Laura Matarrese 1989

"Aunque una jaula sea del tamaño del espacio,
siempre será una jaula".

B. Fernández Moreno



UNA LUZ EN LA VENTANA

Yo llevaba una existencia poco feliz y cualquier manifestación de gentileza que recibía del otro mundo que rodeaba y en el que no me sentía incluida, cobraba para mí una proporción de gratificante desmesura.

No fue raro entonces que al conocer al doctor Linares me sintiera cautivada por su cálida personalidad y mis pensamientos se vieran permanentemente dirigidos a él.

El hecho de que pudiera observar su casa desde las ventanas de mi cocina hacía que lo tuviera aún más presente. Ya desde temprano atisbaba la importante fachada del petit hotel donde él vivía y a la tarde no apartaba mis ojos de la ventana de su consultorio, sabiendo que estaría allí, con sus pacientes, la mayoría de los cuales eran mujeres, y una cierta amargura, que no era sino el aguijón de los celos, inquietaba mi espíritu. Quizás por eso esperaba ansiosamente las primeras sombras de la noche y, cuando la casa del doctor comenzaba a iluminarse, yo me tranquilizaba suponiéndolo más solo y, de alguna manera, más mío.

Luego seguía sus pasos en la sucesión de las luces que iban poblando los cuartos que daban a la calle.

Primeramente se iluminaba el salón donde probablemente tomara una copa antes de la comida, después, a través de las cortinas, veía encenderse las infinitas luces de la araña del comedor, más tarde la discreta lámpara de la biblioteca dibujaba un cono de luz del otro lado de la ventana, por cuya velada transparencia se percibían anaqueles con libros.

Finalmente se iban apagando poco a poco las luces de la planta baja y empezaban a aparecer las del primer piso, una tras otra, como siguiendo un orden preestablecido, y yo trataba de acertar cuál sería el cuarto del doctor, hasta que creía identificarlo con uno en que las luces se extinguían en último lugar.

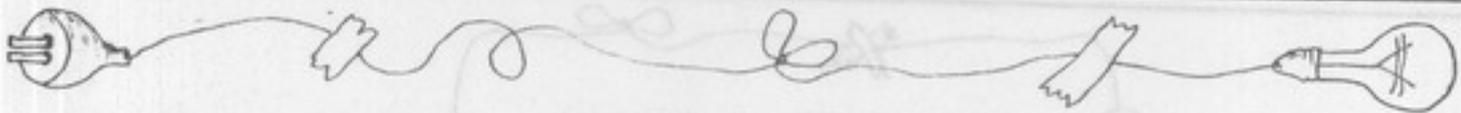
Las tres ventanas de mi cocina, alineadas y vigilantes, eran mi atalaya. Empecé a quedarme levantada más tiempo cada noche. Elaboraba complicadas comidas que me demandaban horas de trabajo y preparaba postres para el desayuno, en mi afán por permanecer observando la casa de mis desvelos hasta que se ensombrecía.

Aún así esperaba un poco para apagar mis luces y, cuando calculaba que el doctor estaría durmiendo, me iba a dormir yo también.

Una noche en que, como todas las demás, miraba fijamente las ventanas del primer piso, vi de pronto cómo una de ellas se cubría de extrañas luces; no eran luces de arañas ni de veladores, ni de lámparas o de artefactos eléctricos conocidos.

El cristal se alumbraba parcialmente, surgía una luz que parecía una bengala, un raro fuego de artificio que al alcanzar su máxima intensidad se consumía enseguida al mismo tiempo que otras luces más débiles o más poderosas irradiaban misteriosamente su resplandor en el oscuro rectángulo de vidrio.

Juntamente por esa época tuve que consultar de nuevo al



doctor. Él se mostró muy amable con migo, me recetó un medicamento que pronto hizo efecto y en la segunda visita me dio de alta recomendándome que durmiera más. Yo le comenté cómo al pasar, desde mi casa veía la suya, y él me dijo que cuando estaba en su estudio veía también las luces rojizas de mi cocina y, aunque pensé que nada era más fácil que ubicarme entre la masa de edificios que me rodeaba por estar mi dirección registrada en su fichero, me sentí feliz al ver que el doctor había reparado en ello. Pero mi alegría fue sólo momentánea porque no tenía más excusas para volver al consultorio.

Sin embargo, esa misma noche recibí una inesperada sorpresa al comprobar que el extraño juego de luces se intensificaba. Las luces bailoteaban alocadamente en la ventana, se alargaban, se redondeaban, adquirían caprichosas formas, se teñían de un rosa tenue, de un celeste mar, de amarillo.

Entonces me di cuenta. El juego lumínico me estaba destinado, era el doctor que, no encontrando otra forma de comunicarse conmigo, apelaba a ese sutil mecanismo para enviarme un mensaje que sólo yo podía captar.

Presa de la más grande excitación, comencé a encender y apagar las luces de la cocina repetidas veces. Luego aguardé a oscuras. Inmediatamente volvieron a aparecer luces en la ventana que me obsesionaba, es más, creo que no se interrumpieron en momento alguno. Esas maravillosas emisiones de luz eran como palabras en clave que me llegaban atravesando la noche.

Me preguntaba con qué produciría el doctor las ingeniosas señales. Tal vez emplearía una lámpara de rayos infrarrojos, tal vez algún aparato de laboratorio.

Seguí hasta muy tarde, prendiendo y apagando las distintas luces de mi cocina; la de la campana, la del horno elevado, la del cielo raso y la de una linterna que accionaba de a ratos.

Y en la ventana del doctor mis luces encontraban su eco en una perfecta correspondencia.

Esa noche se me quemó el budín inglés que estaba preparando para el desayuno y a la mañana siguiente tuve que ir a la panadería a comprar pan para hacer tostadas, pero poco importaba, mi triste existencia encontraba por fin una razón de ser en el inteligente intercambio nocturno.

A medida que pasaba el tiempo aumentaba mi entusiasmo. Hice instalar unos apliques en las paredes de la cocina; coloqué luces en el interior de los placares de modo que al abrirlos se iluminaran todos, hice colocar unas arcadas de yeso con tubos fluorescentes y, aunque el electricista trató de disuadirme, le ordené colgar un globo caleidoscópico que en su continuo girar proyectaba multitud de diminutas luces geométricas. También encendía un candelabro de varias velas y para Navidad armaba, ya desde fines de noviembre, un pino natural en la mesada de mármol, de modo que desde afuera se vieran claramente las luces intermitentes que lo adornaban.

Así corrieron algunos años durante los cuales se oficiaba por las noches el mismo ritual que, sin embargo tenía para mí el eterno atractivo de la novedad.

Una tarde, al mirar hacia la casa del doctor, vi que unos hombres colocaban un gran cartel rojo de remates, justo sobre el

salón.

Al principio me resistía a creerlo, me engañaba diciéndome que se trataría de un error y que pronto retirarían el cartel, pero la fatal evidencia de la demolición terminó con mis especulaciones.

Tuve que sufrir el doloroso espectáculo de ver cómo desaparecía la casa bajo los brutales golpes que le asestaban y como, entre convulsiones de polvo, se esfumaban las ventanas, esas aberturas por las que, de alguna manera, había seguido tan de cerca la vida del doctor.

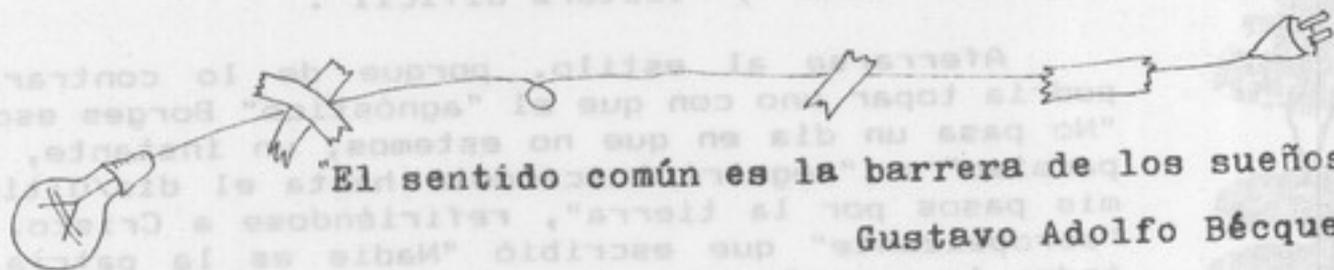
Yo ya no encendía más mis luces. Permanecía hasta muy tarde en la oscuridad, mirando el vacío que había quedado en lo que fuera una vez el petit hotel, y encontraba un cierto consuelo al contemplar esa nada que era algo así como la huella de mis recuerdos.

Pero ese vacío no iba a durar mucho tiempo. Al cabo de algunas semanas empezó a levantarse un edificio de varios pisos, que pronto estuvo terminado.

Una noche, en que por la fuerza de la costumbre miraba hacia allí, observé en una ventana que coincidía con la antigua ventana del doctor, diversas luces como de bengala, redondeadas, alargadas, de formas caprichosas que aparecían o desaparecían fugazmente.

Primero me llamó la atención, porque el edificio era de oficinas y se suponía que a esa hora estaría desocupado. Después, mirando más detenidamente, me di cuenta de que esas luces, idénticas a las que por tanto tiempo habían alimentado mis sueños, no eran otra cosa que reflejos; reflejos burlones de los faros de los automóviles, reflejos de la marquesina de un cartel de propaganda. Acaso como mi vida, eran sólo reflejos ilusorios de otras luces.

MARTHA FOWLER
LETRAS 1° AÑO



"El sentido común es la barrera de los sueños".
Gustavo Adolfo Bécquer

"El placer en el trabajo da perfección a la obra".
Aristóteles

"La libertad no es más que una oportunidad de ser mejores".
Albert Camus

"La verdad es que nadie puede herirnos, salvo la gente que queremos".
J. L. Borges